

directa que dicho autor reconoce á las matemáticas, consiste en que pueden habituar á los espíritus distraídos y variables á fijar su atención. El mismo Descartes, que alcanzó celebridad como matemático, tenía la misma opinión. En la *Vida de Descartes*, por Baillet (1836), se lee el pasaje siguiente: «Su propia experiencia le había convencido de la escasa utilidad de las matemáticas, en particular si se las cultiva por sí mismas... Consideraba poco sólido ocupar la atención en simples números y en figuras imaginarias, etcétera.»

CAPITULO XIV

DE LA ASOCIACIÓN DE LOS PENSAMIENTOS

La presencia de representaciones y de pensamientos en nuestra conciencia está sometida tan rigurosamente al principio de razón en sus diversos modos, como lo está el movimiento de los cuerpos á la ley de causalidad. Tan imposible es que un cuerpo se ponga en movimiento sin causa, como que un pensamiento entre en la conciencia sin ocasión. Puede ser ésta, ó bien exterior, ó sea una impresión de los sentidos, ó bien interna, es decir, un pensamiento que trae otro, por virtud de la asociación que hay entre ambos. Esta, á su vez, se apoya en una relación de principio á consecuencia, ó ya en una semejanza ó en una mera analogía, ó bien en la simultaneidad de la aprehensión primitiva, que puede resultar de la proximidad material de los objetos de la aprehensión. Estos dos últimos casos, á saber, semejanza ó simultaneidad, son los que designa la expresión *á propósito*. El predominio de uno de estos tres modos de asociación de pensamientos sobre los otros dos, caracteriza y gradúa el valor intelectual de un cerebro: el primero predomina en los pensadores profundos, el segundo en los hombres inteligentes, ingeniosos, poéticos, y el tercero en los cerebros estrechos. No menos característico es el grado de facilidad con que un pensamiento atrae otro que guarda con él alguna relación: en esto consiste la viveza de ingenio.

Para penetrarnos bien de la imposibilidad de que surja en nosotros un pensamiento sin ocasión suficiente, por grandes esfuerzos que haga la voluntad para evocarle, basta con que reflexionemos cuántas veces nos esforzamos en vano en acordarnos de alguna cosa, y cómo registramos entonces todo nuestro almacén de pensamientos, á fin de hallar alguno que esté asociado al que buscamos, pues si conseguimos hallar el uno, el otro se nos presentará en el acto. Esta es la base de la Mnemotecnia, que tiene por fin suministrar-nos ocasiones fáciles de hallar para todas las nociones y pensamientos ó para todas las palabras que deseamos tener al alcance de la memoria. Lo malo es que estas ocasiones necesitamos á su vez hallarlas, lo que requiere igualmente otra ocasión. Fácil es demostrar el servicio que semejantes ocasiones prestan á la memoria; si cualquiera lee, por ejemplo, cincuenta anécdotas en un libro y después lo deja, lo más frecuente es que al cabo de algún tiempo no se acuerde de ninguna de las historias que leyó; pero si surge una ocasión ó le asalta un pensamiento que tenga analogía con alguna de ellas, la recordará enseguida, y lo mismo sucederá con todas las cincuenta en su caso. Lo propio nos ocurre con todo lo que leemos.

Nuestra memoria directa de las palabras, es decir, aquella que no ha sido creada por artificios mnemónicos, y, por lo tanto, nuestra facultad del lenguaje entera, está basada sobre la asociación de pensamientos. Aprender á hablar consiste en encadenar para siempre un concepto á una palabra, de manera que el concepto nos recuerde la palabra y la palabra evoque en nosotros el concepto. En el estudio de cada lengua tenemos que comenzar de nuevo este trabajo. Cuando sólo estudiamos una lengua para su empleo pasivo, es

decir, para leer en ella y no para su empleo activo, ó sea para hablarla, como sucede comúnmente con el griego, entonces el encadenamiento no es doble, sino simple: la palabra nos recordará el concepto, mas no se producirá siempre la relación inversa. Lo que sucede en el estudio de una lengua, resalta á la representación en detalle, cuando aprendemos nombres propios. Sucede á veces que no estamos seguros de poder referir el nombre de tal ó cual persona, de una ciudad, un río, una planta, una montaña, un animal, etc., de tal suerte, que el pensamiento evoque el nombre. En este caso recurrimos á algún artificio mnemotécnico, y unimos la imagen de la persona ó de la cosa á alguna cualidad visible, cuyo nombre esté contenido en el de aquélla. Mas esto es sólo un andamiaje provisional y auxiliar de que no necesitamos valernos desde que se establece una asociación directa de pensamientos.

La investigación del hilo de los recuerdos aparece claramente cuando se trata de un ensueño olvidado al despertar; tratamos entonces vanamente de hallar lo que pocos minutos antes ocupaba nuestra conciencia con todo el poder de la presencia más luminosa, y que ha desaparecido ya totalmente, y trabajamos lo imposible por encontrar al menos alguna huella de impresión de que penda todavía un hilo, por sutil que sea, que pueda por la asociación de ideas servirnos de guía para hacer volver el ensueño á nuestra conciencia. Según dice Kiesser en su *Tellurismus* (vol. II, § 271), hasta al salir del sueño magnético parece posible el recuerdo, si al despertar se ve algún signo material capaz de provocarlo.

La imposibilidad de que se produzca un pensamiento sin ocasión, explica también por qué, cuando pro-

yectamos hacer alguna cosa á una hora fija, necesitamos ó no pensar en otra cosa hasta entonces, ó que en la hora fijada haya algo que nos sirva de recuerdo: esta circunstancia podrá ser una impresión exterior, preparada al efecto de antemano, ó bien algún pensamiento que haya de producirse, á su vez, regularmente; ambas cosas pertenecen en este caso á la categoría de los motivos.

Cada mañana, al despertar, la conciencia es una *tabula rasa*, pero no tarda en llenarse de nuevo. Primeramente, la vista del medio en que nos encontrábamos la noche anterior, nos recuerda los pensamientos que allí nos ocuparon; á esto viene á unirse el recuerdo de los sucesos del día antes, y de ese modo cada pensamiento nos recuerda otro, hasta que todo lo que nos ocupó la víspera vuelve á estar presente en nuestra cabeza. La salud del espíritu consiste en que este encadenamiento se haga regularmente, al revés de lo que ocurre en la locura, que, como dijimos en el tercer libro (primer volumen), se caracteriza por lagunas considerables en el encadenamiento de las reminiscencias. El sueño rompe enteramente el hilo de los recuerdos, y cada mañana tenemos que reanudarle. De ello podemos convencernos en los casos en que no hacemos memoria, v. gr., cuando por la noche nos ha obsesionado una melodía, y á la mañana siguiente no conseguimos acordarnos de ella.

Parecerá tal vez que lo que acabamos de decir de la asociación de los pensamientos, no se aplica á los casos en que un pensamiento, ó bien una imagen de la fantasía, se presente repentinamente y sin ocasión consciente á nuestro espíritu. Pero las más veces esto es una ilusión debida á que la ocasión es tan insignificante, y el pensamiento, en cambio, tan claro y de

tanto interés, que se borra instantáneamente aquella en nuestra conciencia. Otras veces la aparición brusca de tales representaciones puede tener por causa una impresión enteramente interior, procedente ya de una acción recíproca de las partes del cerebro, ya de la acción del sistema nervioso orgánico sobre el sistema cerebral.

Generalmente, en la práctica, los procedimientos del pensamiento no son tan sencillos como su teoría indica, pues concurren á este trabajo otros elementos de distinta naturaleza. Para dilucidar bien la cuestión podemos comparar nuestra conciencia á una masa de agua de alguna profundidad: en la superficie están los pensamientos claramente conscientes; todo el resto de la masa de agua se compone de lo que hay de confuso en la conciencia, sentimiento, impresiones que nos han quedado á consecuencia de intuiciones ó de cualquier género de sucesos, todo ello combinado con la disposición particular de nuestra voluntad, esencia íntima de nuestro ser. Este conjunto de la conciencia se halla, en proporción á la vivacidad intelectual de cada individuo, en una agitación perpetua mayor ó menor, y en virtud de esa agitación suben á la superficie imágenes claras de la fantasía, pensamientos claramente conscientes expresados por palabras, ó decisiones de la voluntad. Es raro que todo el trabajo de nuestros pensamientos ó nuestras determinaciones se realice en la superficie, es decir, se efectúe por medio de un encadenamiento de juicios claramente pensados; es cierto que aspiramos á proceder así para poder darnos cuenta y poder dar cuenta á los demás de lo que hacemos, mas ordinariamente, en el fondo oscuro de la conciencia es donde se opera por los elementos tomados del exterior esta digestión que los tras-

forma en pensamientos, como la digestión estomacal trasforma los alimentos en jugos y en sustancias de nuestro cuerpo. De ahí viene el que muchas veces no podamos darnos cuenta del nacimiento de nuestros pensamientos más profundos, que han salido de lo más misterioso de nuestro interior. Juicios, pensamientos repentinos, decisiones, suben inesperadamente de esas profundidades y nos sorprenden á nosotros mismos. Una carta nos comunica noticias gratas é imprevistas: alejamos provisionalmente la cosa de nuestro espíritu para no pensar más en ella, y al siguiente día, ó al tercero ó al cuarto, todo el asunto se nos muestra claramente con la indicación de la conducta que debemos seguir. La conciencia no es más que la superficie de nuestro espíritu, de igual manera que del globo terrestre no conocemos lo interior y sí sólo la corteza.

Lo que provoca la actividad de la asociación de los pensamientos, cuyas leyes acabamos de exponer, es, en último término, allá en lo secreto de nuestro interior, la voluntad que impulsa á su servidora la inteligencia, en la medida de sus fuerzas, á alinear pensamiento tras pensamiento, á evocar lo que es análogo ó simultáneo y á reconocer los efectos y las consecuencias. Está en el interés de la voluntad que el individuo piense para que se halle orientado lo mejor posible ante cualquier eventualidad. Así es, bajo la forma de la ley de motivación, cómo el principio de razón gobierna y estimula la asociación de pensamientos, pues la voluntad del sujeto pensante es quien guía el sensorio y le determina á perseguir en esta ó aquella dirección, ya la analogía, ya cualquier otra especie de asociaciones. Y así como las leyes de la conexión de ideas no existen si no sobre la base de la voluntad, así también la conexión causal de los

cuerpos, en el mundo material, sólo existe realmente sobre la base de esa misma voluntad, que se manifiesta en los fenómenos del mundo físico. Por eso la explicación de las cosas por sus causas no es nunca absoluta y completa, pues se refiere siempre á lo que constituye la condición de esas causas, á saber: á las fuerzas naturales, cuya esencia es precisamente la voluntad como cosa en sí; pero estas son reflexiones anticipadas que corresponden al libro siguiente.

Como las ocasiones exteriores (sensibles) de nuestras representaciones, de igual modo que las ocasiones interiores (las de la asociación de pensamientos) obran constantemente sobre la conciencia é independientemente las primeras de las segundas, resultan de ahí frecuentes interrupciones en la marcha de nuestro pensamiento, y por lo mismo cierto fraccionamiento y cierta vacilación en la cogitación que forman parte de las imperfecciones inevitables de la inteligencia, de las cuales vamos á tratar en un capítulo especial.
